

LA “NATURALEZA” COMO ASPIRACIÓN: PROYECTOS MIGRATORIOS EN LA PALOMA, URUGUAY¹

A “NATUREZA” COMO ASPIRAÇÃO: PROJETOS MIGRATÓRIOS EM LA PALOMA,
URUGUAI

PURSUING “NATURE”: MIGRATION PROJECTS IN LA PALOMA, URUGUAY

81

Daniel Cajarville Fernández

daniel.cajarville@usp.br

Universidade de São Paulo

São Paulo- São Paulo - Brasil

Submetido em 31 de outubro de 2019

Aceito em 22 de maio de 2020

Resumen

Este artículo explora diferentes significaciones en torno a la noción de “naturaleza”, a través de las aspiraciones de migrantes domésticos e internacionales que optaron por residir en un área balnearia de la costa atlántica uruguaya, conocida como La Paloma Grande. Ellos enfatizan la búsqueda de un estilo de vida para el cual la “naturaleza” presente en ese destino emerge como indicador de un “mejor modo de vida”. A partir de un denso material etnográfico, se indaga sobre las definiciones y asociaciones en torno a la “naturaleza” palomense. Ésta articula elementos valorados a diferente medida por cada migrante, tales como la existencia de infraestructura urbana, una sensación de tranquilidad, además de una percepción de autenticidad que paradójicamente invita tanto a preservar la zona, como también a poblar y construir en ella como aún no se ha hecho.

Palabras clave: Naturaleza; Paisaje; Migración; Movilidad; Uruguay

¹ El presente trabajo fue realizado gracias a una beca de apoyo del Programa Estudantes-Convênio de Pós-Graduação – PEC-PG, de la CAPES/CNPq - Brasil.

Resumo

Este artigo aprofunda sobre diferentes significações ao redor da noção de “natureza”, através das aspirações de migrantes domésticos e internacionais que escolheram residir em uma área balneária da costa atlântica uruguaia, conhecida como La Paloma Grande. Eles salientam a busca por um estilo de vida no qual a “natureza” presente nesse destino emerge como indicador de um “melhor modo de vida”. A partir de densos materiais etnográficos, indaga-se sobre as definições e associações ao redor da “natureza” palomense. Esta articula elementos valorados em diferentes graus segundo cada migrante, tais como a existência de infraestrutura urbana, uma sensação de tranquilidade, além de uma percepção de autenticidade que paradoxalmente convida tanto a preservar a área, como a habitar e construir nela de modos que ainda não têm sido feitos.

Palavras chave: Natureza; Paisagem; Migração; Mobilidade; Uruguai.

Abstract

This article explores different significances around the notion of “nature”, through the aspirations from domestic and international migrants who have settled in a seaside area of the Uruguayan east coast, La Paloma Grande. There, they claim to search for a quality of life in which the “nature” attributed to that place emerges as an indicator of a “better way of life”. As a result of ethnographic fieldwork, the definitions and associations related to La Paloma’s “nature” are explored. Which brings together multiple elements, singularly valued by every migrant, and draws a wide variety of connections among the local infrastructure, a quiet environment, as well as a perception of authenticity that paradoxically invites not only to preserve the área, but also to inhabit and build in there as it has never been done before.

Key words: Nature; Landscape; Migration; Mobility; Uruguay.



Hay una parte de mí que va
camino a La Paloma,
por un recuerdo de campo y mar,
camino a La Paloma.
Camino a la Paloma, Jorge Drexler

Introducción

Que “enamora” es usual oír decir sobre La Paloma Grande, por parte de quienes conocen y frecuentan ese lugar. Esta localidad, compuesta por un conjunto de balnearios integrados entre sí a lo largo de 20 km de franja costera, cuenta con 5.516 habitantes para una densidad poblacional de 22,3 habitantes por km², de acuerdo con el censo uruguayo realizado en 2011 (INE, 2012). La Paloma Grande (en adelante: La Paloma o LPG) recibe cada verano un número estimado de turistas que supera en más de diez veces su población permanente (MINISTERIO

DE TURISMO, 2018), siendo que algunos de ellos llegan a optar por transformarse en residentes temporales o permanentes. Tanto los primeros como los segundos atestiguan un territorio que “ensambla pradera y océano, vecinos y turistas, vida pueblerina y prácticas turísticas” (DA CUNHA Y CAMPODÓNICO, 2012, p. 353).

La localidad resulta de carácter urbano y concentra su población en el balneario principal, La Paloma, donde residen 3.495 habitantes. No obstante, se extiende sobre una amplia franja costera, disminuyendo su densidad urbana al alejarse del área central. La dispersión de las construcciones fuera de esa zona otorga una impronta semi-rural a la localidad, ello se ha tornado un diferencial para turistas y nuevos residentes. El desarrollo turístico en la costa atlántica del Uruguay se concentró históricamente en la ciudad de Punta del Este, mientras que La Paloma ha ocupado un segundo plano sin alcanzar “su consolidación absoluta, lo que actualmente permite a la administración [pública] y a particulares, ofrecer un turismo “natural”, característica que lo diferencia de modalidades y sitios más antropizados de balnearios cercanos (el modelo Punta del Este)” (GADINO et al., 2012, p. 33).

Figura 1. Mapa de Uruguay, con localización de La Paloma.



Fuente: Viaje a Uruguay (2020)

La búsqueda de “contacto con la naturaleza” es señalada como un estímulo relevante para los desplazamientos hacia la zona. De acuerdo a los últimos datos censales (*op. cit.*), en 2011 sólo un 32,3% de los residentes locales afirmaba ser originario del lugar, un 32,6% procedía de localidades linderas, mientras que un total de 31,1% procede de otros departamentos [jurisdicción similar a provincia o estado] y un 4% eran extranjeros. Los migrantes que proceden de orígenes remotos, aquellos otros departamentos y especialmente extranjeros, usualmente arriban munidos de recursos económicos y educativos superiores a los de quienes son originarios de la localidad o proceden de localidades vecinas, lo cual permite sustentar los costos y exigencias de la adaptación a ese entorno que les resulta atractivo.

Este artículo cuenta con el **objetivo** de ahondar sobre las múltiples connotaciones de la “naturaleza” palomense, la cual muestra ser entendida como un elemento motivacional relevante para migrantes que desde lugares remotos optan por asentarse en la costa atlántica uruguaya. Ellos mencionan a la “naturaleza” local a modo de un relevante estímulo de sus proyecto de vida en esa zona costera, es por ello que este artículo indaga sobre las definiciones, asociaciones e implicaciones locales de esa palabra que, puesta entre comillas, retoma los múltiples sentidos que la misma suma a las aspiraciones de quienes eligen La Paloma.

Metodología

Entre 2016 y 2018 conviví alternadamente en La Paloma, fueron alrededor de cien días sumergiéndome en profundidad en ese escenario y también en otros que me permitieron mirar a esa zona costera desde diferentes ángulos. Además de incontables valiosos diálogos sostenidos en uno u otro rincón de la zona, así como otros fuera de su circunscripción pero acerca del lugar, realicé 46 entrevistas en profundidad a personas vinculadas al área. Los densos intercambios sostenidos componen este artículo, en el que se menciona a algunos de los varios entrevistados mediante el uso de pseudónimos. Acompañaron también a esta investigación un amplio número de crónicas, guías de viaje, canciones y otras producciones textuales sobre La Paloma.

A partir de los trayectos que se fueron forjando se buscó una inmersión etnográfica en los procesos migratorios atravesados por personas que manifestaban haber elegido un nuevo entorno vital, en busca de vivir en un entorno que valoraban ostensiblemente y a través de un modo de vida que tendían a defender como de alto valor. En ellos, la “naturaleza” del lugar fue un emergente constante en los intercambios que sostuve. La recurrente evocación de esa noción al explicar su decisión migratoria y también su rutina diaria, ya sea en las entrevistas sostenidas como también en el transcurso de espontáneos diálogos cotidianos, motiva este artículo que será entretejido a través de la voz de esos migrantes, transmisora de sus proyectos y también memorias, registrada durante el trabajo de campo.

Orientaciones Teóricas

Migrantes Por Estilo De Vida

A través de la noción de “*migraciones por estilo de vida*” (“*lifestyle migrations*”), Benson y O’Reilly (2009) designan una dinámica de movilidad mediada por la búsqueda de “calidad de vida”. En otras palabras, esta conceptualización refiere a la aspiración de un estilo de vida percibido para un lugar de destino, a partir de la búsqueda de un “mejor modo de vida”. En tal sentido, se hace hincapié en un proceso estrechamente ligado a expectativas de realización personal, inmersas en una búsqueda de significado y sentido. El migrante por estilo de vida suele partir de una situación anterior que sirve de contraste, aspirando a distanciarse de percepciones asociadas a la misma.

En este perfil migratorio, la decisión de movilidad puede surgir como la búsqueda de un nuevo comienzo frente a situaciones y experiencias consideradas adversas en el lugar de origen, ya sea la separación o pérdida de un ser querido, el fin de un ciclo laboral u otras rupturas. A su vez, cierta percepción desfavorable sobre el lugar del cual se pretende partir también puede deberse a interpretar como monótona la vida cotidiana en el mismo, a considerar un aumento de la criminalidad y violencia que lo tornaría desestimulante, o percibir una excesiva presión y

competitividad vistas como síntoma de stress o ansiedad, entre otras razones similares (*ibid.*). El lugar de destino ofrecería una situación en mayor o menor medida antagónica frente a alguno de los aspectos antes mencionados, siendo también usual encontrar allí un bajo costo de vida y/o la posibilidad de emprender económicamente (O'REILLY, 2014). Es entonces que ese apelo por un cambio, lidia con desalentadores futuros imaginados de persistir en un mismo lugar de residencia, futuros podrían ser evitados de optarse por un desplazamiento (*op. cit.*). Las migraciones para este recorte tienden a contribuir sobre la construcción psicológica de narrativas coherentes de identidades individuales (WILLIAMS y MCINTIRE, 2012, p. 2). A partir de “la búsqueda de entornos de vida que sintonicen con los gustos personales” (OTERO, 2014, p. 7), en clave de una elección individualizante, a la vez que incorporando expectativas que condicen en cierta medida con aquellas que impulsan la elección de un destino turístico, si bien para desplazamientos de permanencia prolongada o permanente.

Este trabajo de investigación aborda las migraciones por estilo de vida La Paloma como *proyectos* en el sentido propuesto por Velho (2004), a partir de su síntesis sobre exploraciones previas realizadas por Schutz (1970). Para el antropólogo brasileño, un proyecto dista de ser meramente subjetivo, “*formula-se e é elaborado dentro de um campo de possibilidades, circunscrito histórica e culturalmente*” (*op. cit.*, 2004, p.27), agregando que “*em qualquer cultura há um repertório limitado de preocupações e problemas centrais ou dominantes*”, así como medios y formas específicas para realizarlos y comunicarlos. Ese último punto, refuerza la necesidad de ahondar sobre una constante mención a la “naturaleza” local en las justificaciones en torno a la decisión de radicación en LPG. Migrar hacia un destino que viabiliza un “mejor modo de vida” integra un proyecto y conforma, según agregaría Seixas (2016), mucho más que un desplazamiento físico. Este último autor nos propone pensar en *migraciones simbólicas*, es decir, un “*processo pelo qual um sujeito seleciona elementos de um dado repertório simbólico cultural para compor um imaginário (uma representação) sobre si mesmo e sobre o outro numa situação de encontro real ou idealizado*” (*ibid.*, p.19). La “naturaleza” de La Paloma, como se

sugiere en adelante, emerge como un aliciente material y simbólico para los procesos migratorios hacia ese lugar en el mundo.

Paisajes Que “Enamoran”

La Paloma “enamora”, al menos a algunos de entre aquellos que conocen el lugar. Tuan, denominaría esa relación como una forma de “*topofilia*”, en tanto consistiría en “*laços afetivos dos seres humanos com o meio ambiente material*” (1980, p. 107). Un paisaje, como el de la referida zona balnearia, despierta en algunos de quienes la conocen marcados sentimientos de ligazón, un “sentido de lugar” [“sense of place”] consecuencia de la identificación emotiva con ese territorio. “*O meio ambiente pode não ser a causa direta da topofilia, mas fornece o estímulo sensorial que, ao agir como imagem percebida, dá forma às nossas alegrias e ideais*” (TUAN, 1980, p. 129). A partir de La Paloma se genera “topofilia”, desde el ambiente que la compone y también aquello que en el mismo fue vivido. Quien pretende abandonar la ciudad cansado de un estilo de vida urbanita e inicia una búsqueda de otros destinos donde redirigir sus proyectos, puede encontrar en La Paloma un lugar que “atrapa”.

Entre tantos otros reductos costeros a elegir como destino residencial, tal vez fue precisamente ese y no otro en el que veranos atrás cierto turista acampó con su familia por vez primera, o donde fueron vividos otros sucesos difíciles de borrar de la memoria. Ello contribuye a tornar único a un lugar, tomando en cuenta que “*a apreciação da paisagem é mais pessoal e duradoura quando está mesclada com lembranças de incidentes humanos*” (ibid. p. 110). No basta con establecer vigorosos y entrañables nexos afectivos con un balneario para migrar a él, pero esos lazos sumados a otros factores coadyuvan a impulsar una decisión migratoria. Un paisaje “*compõe-se tanto de camadas de lembrança quanto de estratos de rocha*” (SCHAMA, 1995, p. 17), la proyección de la imaginación sobre elementos físicos naturales se constituye desde un continuo proceso histórico de construcción de memoria y su reinención. El paisaje

logra revelar identidades e identificaciones, a partir de “deslizamientos” de significados por parte de quien lo (*ibid.*).

Imagen 1. Casco Antiguo de La Paloma.



Fuente: Elaboración propia.

En las entrevistas y diálogos con migrantes en costas palomenses, se observa con frecuencia la presencia de “una homología entre el paisaje local y sus residentes” a partir de asociaciones entre “estilo de vida” y “temperamento”, tal como textualmente Gabriel Noel (2011, p. 221) sugiere para el caso de Mar de las Pampas, una pequeña localidad costera del litoral atlántico bonaerense. El autor señala que “los relatos que predicán esa homología, admiten por lo general dos variantes, no siempre excluyentes” (*ibid.*, p.222). Por un lado, la “vocación” o encuentro de un lugar a medida de cuanto el migrante considera auténticamente afín a sí; por otro lado, la “conversión”, como variante que implica una transformación en quien opta por un entorno completamente nuevo para reinventarse, tras el agotamiento de su relación con la gran ciudad. Sucesivas alusiones a La Paloma presentes en el trabajo de campo que posibilitó este

artículo, afirman a la zona como “un lugar que va conmigo”, que satisface en términos de cuanto preconiza el migrante. Los rastros detrás de las comparaciones y contrastes que esos lazos e identificaciones suscitan, serán una valiosa guía para cuanto continúa.

Discusión y Análisis

La “Naturaleza” De La Paloma

Una tarde de marzo, caminando en una de las calles palomenses que desembocan en la playa llamada La Balconada, una enorme terraza frente al mar, me encuentro tanto con el padre como con la madre de Pato (uruguayo, 28 años, en LPG desde 2016). A ambos había conocido el día anterior cuando pasaron por la casa de su hija, durante la entrevista que había coordinado con ella. Ellos representan una entre tantas familias de veraneantes frecuentes y asiduos visitantes en la zona, que originalmente acamparon y/o alquilaron una vivienda para luego adquirir una segunda casa.. Al saludarlos, fue inevitable mencionar la puesta de sol en el horizonte que acaparaba la atención en ese momento del día. En seguida, el matrimonio responde que precisamente estaban yendo a ver ese atardecer, aclararon que era “un ritual” que cumplen fielmente cada día que pasan en La Paloma, acercándose a la playa desde su casa situada a pocos metros de la misma. Esa casa, antes de veraneo, se ha ido tornado para ellos en un lugar apto para todas las estaciones. “Yo voy cada 15 días a Montevideo y vuelvo”, comenta el padre de Pato, al tiempo que aclara aún depender económicamente de la capital donde ejerce como contador público; progresivamente, se ha inclinado por La Paloma tras años de veranear allí. Su esposa, tras aquel breve diálogo, con su dedo señala al poniente y se despidió para bajar a la playa a apreciar la vista de una improporrible puesta de sol.

La playa, el atardecer, el bosque emergen como un por qué del estar en La Paloma. Para los padres de Pato también la motiva el hecho de tener a sus hijos cerca, puesto que ellos antecedieron su decisión de radicarse en La Paloma. La “naturaleza” apreciada por ellos se integran a otras motivaciones como la cercanía de la familia, su acceso al costo de las

propiedades en la zona, etc.; está presente, tiene su peso relativo, mayor o menor para cada migrante y según el momento de su decisión migratoria. “Bajo a la playa y se me pasa todo” me comentó una migrante procedente de la capital uruguaya, Carolina, que en Montevideo tenía la costa del Río de la Plata pero su impacto no se comparaba a la costa del Atlántico palomense; la primera, amarronada y llana, mientras que la segunda, azul y bulliciosa. Por si eso fuera poco, la costa montevideana era de difícil acceso para Carolina (32 años, en LPG desde 2016), desde su antigua casa en la capital demoraba una hora de ómnibus para llegar al río, ese ómnibus implicaba un viaje usualmente abarrotado, además del ruido de la gran ciudad, luego en la rambla costera la multitud de personas andando no ayudaba a descansar. En La Paloma, sale de su hogar y tras caminar algunos minutos está en la playa, las construcciones alrededor son escasas, el ruido que la acompaña es únicamente el del mar, son pocas las personas alrededor y eso le agrada. Al ser docente de educación secundaria, sólo tuvo que ser transferida y la amplia casa que con sus ahorros adquirió en la costa palomense, no costó más de lo que hubiera costado un apartamento en la capital. Para migrantes como ella que insisten en el valor de contemplar el mar, el bosque o el cielo, la decisión migratoria refuerza una infravaloración de la gran ciudad. Un gran parque, el cielo urbano que “esconde sus estrellas”, entre otros, quedan relegados cuando comparados al escenario en LPG, estableciendo un ejercicio de comparaciones y ponderaciones que fortalece una decisión migratoria por elección y afinidad.

La “naturaleza” de La Paloma anima las siguientes palabras en la escritora Mônica Fainzaig, migrante residente en sus costas, tal como se plasma en su relato *Arachania*:

En la costa, el viento sacude arbustos, árboles. Revuelve el mar hostil y amarronado. En la casa, por las hendidias de las ventanas se han colado la humedad y el frío. Ellos se mueven como fantasmas. Las palabras circulan enloquecidas en las cabezas y se atorán en las gargantas. (2014, p. 112).

La Paloma ofrece mar y también viento, a veces sol y a veces nubarrones. En otro fragmento, la autora describe a un personaje que: “Camina por la playa hacia el norte. A su derecha mar, a su izquierda, campo. Los únicos seres que ha visto en kilómetros son un lobo muerto y gaviotas” (2014, p. 109). La “naturaleza” local emerge gris y desoladora en este relato, siendo estos aspectos constitutivos de un ambiente que cada migrante evalúa selectivamente. La “naturaleza” de La Paloma integra esos crudos rasgos, propios de su invierno cargado de viento, nubarrones y lluvia. Así como invita a los atardeceres descritos al introducir esta sección, también abre paso a otras composiciones entre sus paisajes. Elegirla, es elegir todo eso.

Imagen 2. Playa La Aguada.



Fuente: Elaboración propia.

La “naturaleza” de La Paloma desde las relaciones que se entablan con ella, desde los dispares énfasis sobre unos u otros de los elementos que la componen, suscita apreciaciones múltiples. Maitén, una adolescente argentina de 14 años, que tras haber vivido junto a sus padres

en diferentes países sudamericanos en 2016 se encontraba radicada con ellos en La Paloma, me contó cómo fue su primer día en la localidad balnearia:

A la mañana siguiente [de mudarse a LPG] fue hermosísimo porque nos despertamos y fue con el sonido de los pájaros y el sol. Y de repente nos asomamos entre los árboles y vimos por ahí al Océano Atlántico que hacía años que no lo veíamos, y éramos como: “Woow, ¡qué hermoso!”

93

Por otro lado, ese mismo lugar también puede despertar miradas tales como: “La Paloma es gris, húmeda, lluviosa, me tira al piso. Me saca las ganas de salir de casa. Necesito luz, necesito calor. La Paloma me genera depresión, mucha depresión” (Cristina, 42 años, uruguaya, originaria de LPG) . Así describe una palomense al lugar en el que nació y donde reside actualmente, luego de trabajar por algunos años en el extranjero regresó dado que allí tanto ella como su hija cuentan con el respaldo de su familia. “Por lo menos acá tenés el azul del mar”, agregó Cristina a modo de cierre en una charla que sostuvimos durante una noche de verano, compartiendo una cena en el hostel donde me alojé realizando trabajo de campo en LPG. Ella no eligió ese lugar en el mundo, ni busca su “naturaleza”, menos aún la forma en que esta se expresa más allá del mar y del verano.

El Mar y Algo Más

Una noche de marzo de 2016, me crucé con una migrante a la que había entrevistado y caminamos juntos algunas cuadras. Al despedirme, en una esquina de La Paloma Vieja, ocurre la siguiente interacción tal cual anoté en mi diario de campo: “Ella se detiene permaneciendo inmóvil por unos segundos, hasta que me dice: ¿oís el ruido del mar? Lo sentís después de que terminó la temporada. Es un placer, un regalo” (Susana, 50 años, uruguaya, en La Paloma desde 2005). Aunque yo había oído esas mismas olas en febrero, en plena temporada de verano, eso no era lo que importaba en sus palabras (la cuales lógicamente se contradecían con los hechos, para

mí). Importaba que el mar está presente una y otra vez en la relación establecida de quienes habitan La Paloma y se manifiestan “atrapados” por ella. El mar marca su compás, muchas veces. Al menos, acompaña fielmente.

Al preguntarle sobre cómo es su relación con el mar, una migrante española, Rosa (39 años, española, en LPG desde 2008), responde en relación a ella y su familia: “En invierno vamos, a dar un paseito, nos gusta ir. No voy con el ansia que en mi pueblo, que es un pueblo de sierra. Lo tengo como más naturalizado, cuando puedo ir si te apetece vas, sino no”. El mar “está ahí”, es cotidiano y no genera las expectativas que generaba cuando sólo asomaba en un momento excepcional. Nina, migrante nacida en una ciudad interiorana vecina de la zona balnearia en cuestión, quien relata que “soñaba con vivir cerca del mar” desde su primera visita a La Paloma a los 17 años, más de dos décadas después plantea aún mantener viva la admiración de aquel entonces por el Atlántico. “Acá estás en cualquier parte de la ciudad, en parada ocho, en el monte y se siente [el mar]”, comenta Pablo (24 años, uruguayo, en LPG desde 1997) y nadie desmiente que así sea para aquellos momentos en que el propio viento o el bullicio de las multitudes veraniegas no opacan esa audición. Por otro lado, en una charla en el hostel donde me hospedé, una amiga de los administradores de la posada y también migrante, cuenta haber ido a las sierras “y nada..., silencio”, a lo que en seguida agrega: “Me faltaban olas, me faltaba algo” (Lucía, uruguaya, 27 años, en LPG desde 2014). En La Paloma ella veraneaba desde niña, antes de optar por allí radicarse. El oleaje oceánico, que “no vas a comparar con el río” como tantos dicen con iguales o similares palabras, emerge constantemente en las interlocuciones de campo, siendo resaltado su valor.

Imagen 3. Rambla de La Pedrera.



Fuente: Elaboración propia.

El lugar del mar es central para Rodrigo, un uruguayo de 51 años residente en LPG desde 2012, quien resalta: “Para mí vivir en el mar hace la diferencia. Por ahí teniéndolo cerca no necesariamente voy a cada rato, pero yo sé que lo tengo cerca y siento el ruido de las olas y siento el olor. En cambio, si yo sé que lo tengo lejos, no es lo mismo.”. Y el mar está, aún como un intangible tangible, en tanto se está en La Paloma. No sólo se lo escucha, sino que también brota bajo la forma de “aire puro de océano”, agrega Rodrigo en la entrevista que sostuvimos cuando cumplía su quinto año como “palomense por adopción”. Por otro lado: “Venía por el mar, porque estaba en un limbo y porque me encantaba el mar”, me comenta Patricia (37 años, uruguaya) sobre su gradual radicación en la zona, la cual inició en 2011. Ese mar, era más que nada el de la playa palomense La Balconada, sobre la cual detalló: “Yo amo esa playa. digo como que es mi piscina, es mi piscina personal. Me encanta. Hoy estuve ahí, hoy de mañana nadé ahí, nado ahí... Es como, es un lugar que me enamoró”. Patricia dejó atrás Montevideo, en busca de un cambio en su entorno y aprovechando las oportunidades laborales que fueron

surgiendo, para su formación como economista. Así, el oceánico mar de La Paloma pasó a ser parte de sus paisajes cotidianos.

El mar, suele ser uno de los protagonistas en los proyectos migratorios en esta zona. Para muchos, el mar es un diferencial interpretado desde sus memorias y los afectos que las tiñen. Asociados a los recuerdos de intensos períodos de vacaciones de verano que alguna vez transcurrieron, o, aún, memorias heredadas de terceros u otras generaciones. En complemento, el bosque marítimo que fue plantado en La Paloma y que imprime sus caminos, acompaña a quien en bicicleta o a pie la recorre; este cobija, esconde casas y pobladores en auras de misterio, complementando los estímulos que el mar desprende. Asoman dunas y praderas que suman otros trazos a la composición del ambiente que rodea al migrante local. Entre pedales de bicicleta o siguiendo desapresurados pasos, los paisajes palomenses envuelven a la vez que entonan proyectos de vida entre el campo y el bosque, con la visión y ruido del mar al centro.

“Naturaleza”, Con Infraestructura

La Paloma Grande “atrapa” con su “campo y mar”, aunque para varios de sus migrantes suele hacer falta algo más. El acceso a una “infraestructura” en servicios básicos, a instituciones educativas y de salud (en LPG y localidades aledañas), así como la dotación de espacios comerciales son fundamentales para que algunos de sus migrantes elijan La Paloma en vez de otros destinos que también podrían llegar a “engancharlos”, según ellos sugieren. La Paloma hoy cuenta con “comodidades”, que sin embargo aún no disminuyen (del todo) su bucólico encanto:

En términos de acceso a servicios ha mejorado, tu puedes vivir todo el año comodamente, te puedes comprar cosas para tus necesidades. La leche, el pan. Atenderte en temas de salud, primaria por lo menos sin ningún problema, te puedes trasladar, tiene buen transporte, tienes muchas formas de ir y venir a La Paloma, con Rocha y con el resto del país sin problema. Y bueno, y sigue manteniendo, sacando los meses de verano, ese estilo de ciudad chica, de pueblo contra el mar. (Andrés, uruguayo, 55 años, en LPG desde 2010).

Edd, un estadounidense retirado de 69 años que se define “enamorado de La Paloma”, en 2017 llevaba dos años tras haber fijado residencia en LPG, aunque viajando esporádicamente de allí a otros destinos. Al ser interrogado sobre por qué había elegido La Paloma, en lugar de otros balnearios uruguayos, menciona Punta del Diablo [localidad costera próxima de LPG] a modo de contraste:

Punta del Diablo no parecía tan consolidado como La Paloma. Las calles son más que nada piedras o arena... Es lindo, pero acá es todo más estable, hay más negocios, puedo ir a dos diferentes El Dorado [supermercado]... Puedo ver más negocios diferentes y cosas, es un lugar más consolidado (traducción propia).

Aunque hacia al este de LPG se estén poblando zonas costeras antes escasamente habitadas, la cercanía con los polos urbanos de las ciudades de La Paloma y Rocha garantizan una infraestructura “urbana” en las inmediaciones que diferencia a esta franja costera de otras de Rocha. La Paloma no es Punta del Este, ciudad densamente urbanizada, pero tampoco es Punta del Diablo, localidad escasamente urbanizada.

El acceso a una infraestructura de educación y salud, emergen como de suma relevancia para la decisión migratoria entre quienes aspiran a un estilo de vida palomense. Sophie, una francesa de 37 años que en 2012 eligió La Paloma como parte de un proyecto familiar, afirma que fue indispensable para su proyecto migratorio contar con un centro educativo capaz de integrar a sus hijos. Las facilidades para inscribir a sus hijos en la escuela local fue “una puerta abierta”, ella indicó. No fue la única razón, pero fue de peso la existencia de centros educativos en el lugar de residencia y que los mismos acepten estudiantes extranjeros reconociendo la trayectoria por ellos realizada. Fue así que ella y su familia dejaron atrás Francia para radicarse en Uruguay.

Imagen 4. Calle comercial en La Paloma Grande.



Fuente: Turismo Rocha (2020)

Oscar, un uruguayo de 78 años, y Lily, una inglesa de 65 años, al desplazarse en 2012 desde Alemania, donde forjaron sus carreras, para asentarse en el país natal del primero de ellos, indican que buscaban la tranquilidad de estar “cerca de la naturaleza” y originalmente planificaron adquirir una estancia rural. Sin embargo: “Pensando en la vejez, mejor siempre estar en un lugar como La Paloma, más cerca. Tener la infraestructura, centro de salud, los médicos, farmacia, los supermercados”. Es usual esa opinión entre migrantes que luego de su jubilación buscan “un lugar tranquilo”, con una “infraestructura” como la mencionada por Oscar y una ostensible dosis de “naturaleza”. Además de instalaciones que ocasionalmente permitan consumos culturales por ellos valorados, como en LPG el Centro Cultural de La Paloma y el Club de La Pedrera, cuya oferta de propuestas resulta destacable en cantidad y calidad para la escala poblacional local. También, la cercanía relativa de ciudades medianas como Rocha (a

30km) y Maldonado (a 110km), o grandes como Montevideo (a 225 km), da sentido a la opción por la “naturaleza” palomense.

Además, un importante número de migrantes señalan que “algo indispensable es una buena conexión a internet”, para satisfacer sus principales demandas de consumo cultural que les son relevantes para usufruir los demás componentes de la vida local.

“Lugar En Construcción”

Nacho, mi pareja, vino él, se enamoró del lugar porque él viviendo en España se dio cuenta que en España no se podía desarrollar ni a nivel profesional ni a nivel personal porque se daba cuenta que allí todo estaba ya hecho. Su única posibilidad de trabajo allí era en una fábrica. Aquí en cambio había tantas cosas por hacer que él emprendió este proyecto, construye esto, construye aquí. Tenía este proyecto que iba superando. Construyó esta casa sin saber nada de casas, buscaba en Youtube, preguntaba. Y bueno, esto que vez lo ha hecho él [señala su casa y los apartamentos de alquiler al fondo de la misma]. Esto en España hubiera sido imposible, en Argentina hubiera sido imposible. En cambio, acá pudimos comprar la tierra, la compramos en un tiempo que todavía el terreno era barato, y él comprando materiales hemos podido desarrollar un proyecto. Y eso a él lo llena de satisfacción (Rosa, 39 años, española, en LPG desde 2008).

La costa palomense ofreció a Rosa e Ignacio la chance de “poder realizarse” como pareja y familia, con ventajas que ella define como “salir y no tener eso de cumplir con la sociedad, ir vestido de una manera, aquí vas siempre descalzo, no pasa nada”, señala ella. Invertir en hospedajes o en una propuesta gastronómica, en un ambiente como el de LPG que a su vez era conocido por Ignacio y cercano a su país natal, era una propuesta que daba indicios de valer la pena y esas perspectivas movilizaron el antedicho proyecto familiar. Aunque apostar por sus objetivos exigió negociar múltiples expectativas del proyecto individual de sus integrantes, tras sopesar pros y contras de una decisión arriesgada. A LPG llegaron ellos ante una percepción de “tierras vírgenes”, según otros migrantes plantean, que instiga a considerar que “hay mucho por

hacer”. Aunque ello también pueda conducir a una impresión contraria en tanto se considere difícil emprender, al haber una escasa consolidación de la zona.

Otra migrante española, Sara (44 años, en LPG desde 1998), describe así su primer contacto con el lugar donde se ha radicado: “mi impresión en La Paloma fue de un territorio de total despoblación, yo como agrónoma cuando leí las estadísticas, la población era algo así como 20 cabezas de caballo, 15 de vacas y una de habitante por kilómetro cuadrado”. Esas miradas invitan a una sensación de aquí “hay mucho por hacer”, aunque también puedan conducir a una impresión contraria en tanto se considere difícil emprender en la zona al haber una escasa consolidación de la misma. Elfriede (37 años, alemana, en LPG desde 2010) recuerda haber comentado a su pareja sobre La Paloma en su primera visita: “¡Mira, estamos manejando dos horas y vi más vacas que gente!”. Al respecto agrega que anteriormente, “vivía en una ciudad con cuatro millones de habitantes, en un condominio con 20.000 habitantes”. Una óptica similar conduce a Micaela (41 años, argentina, en LPG desde 2011) a afirmar que “el país precisa poblarse, necesita poblarse y que sean más para algunas cosas”, agregando que además “hay facilidades hay oportunidades para que tengas hijos. Acá tratan a cualquier madre, te tratan, cuidan tu salud”. Esa mirada, así como las anteriores, resulta sumamente diferente a la que enuncia la brasileña Gabriela (47 años) sobre la costa bahiana, Morro de São Paulo más precisamente, en la que residió antes de migrar a La Paloma a principios de los 2000. “Bahía es muy populoso, superpopuloso [sic]. Brasil hierve, y eso es así”, destaca remarcando que en La Paloma “lo que más pesa, es esa paz. Mirá, estamos acá hablando y no pasó un auto”. Ella migró acompañando a su esposo uruguayo, tras conocerlo en su Brasil natal, y recuerda luego pasar a valorar los contrastes, así como las oportunidades, que el nuevo lugar a habitar ofrecía.

Arturo, un uruguayo de 65 años residente en La Paloma desde fines de la década de 2000, en las periódicas charlas que sostuvimos entre julio y agosto de 2016, continuamente persistía en volver sobre la motivación de poder “aportar” en el territorio donde residía, resaltando en su discurso que no residía buscando estar “tranquilo y nada más”. Planteó que la referida zona

balnearia era también un medio para el poder “contribuir con la sociedad”, lo cual indicó realizaba a partir de su labor como docente en un centro educativo en la ciudad de Rocha, reconociendo no contar con una “necesidad económica” para el ejercicio de esa actividad. De alguna manera, esa perspectiva conjuga un proyecto de vida en un lugar considerado “agradable”, con la aspiración de volcar una experiencia profesional considerada de utilidad en ese lugar de destino. Elemento recurrente en los discursos de los migrantes que entrevisté. De vuelta a la discusión anterior encontramos que para muchos de ellos La Paloma Grande, el departamento de Rocha, o Uruguay como un todo emergen como lugares que remiten a la percepción de que “hay mucho para hacer” y “aportar”, y donde “hacer” es posible superadas algunas dificultades que se abren paso pero a la larga resultarían superables. Por otra parte, Cecilia, una migrante argentina de 38 años, que junto a su esposo arribó en 2015 a la costa palomense, considera que LPG “es un lugar donde si querés hacer cosas, probar un proyecto, es manejable”, dada la escala del lugar y la cercanía de los vínculos. Al menos así fue su experiencia al replicar en centros educativos locales “un programa externo de lectura, con padres y niños”, desde un modelo con el que se había involucrado años antes como profesional en México.

En síntesis, La Paloma emerge como un entorno “natural” y una “comunidad”, donde “hay mucho para hacer”. Elegir “naturaleza” y elegir “comunidad” articulan las tonalidades del estilo de vida palomense. Esta zona balnearia se muestra como una alternativa ante “el sistema”, según varios entrevistados argumentan, refiriéndose con ese apelativo a la idea de las exigencias propias de un estilo de vida urbano considerado agobiante, frente al cual un lugar como LPG, donde aún “hay mucho por hacer” y lo poco que se hace es ya mucho, invita a construir en un ambiente con un mayor grado de “naturaleza” frente a la gran ciudad. Es decir, con menos densidad urbana, más verde, menos polución sonora, más espacio para construir (en múltiples sentidos) que deviene posibilidades de hacer algo que aún no ha sido hecho. La Paloma surge

como un lugar cuyo contraste con la gran ciudad la vuelve valiosa y esos trazos son leídos como proximidad con la “naturaleza”, como “naturaleza” en sí, como un eco de “naturaleza”.

A modo de paradoja, otra más, tales ímpetus y afanes llevan a dilemas locales respecto hacia dónde se va como comunidad y cómo actúa ante sus características. Es que el afán por ser parte de ese ambiente siempre pueda acabar por alterar el “encanto de pueblo” del lugar, el cual es entendido muchas veces como lo que sustenta a la localidad. Aún con la intención de preservar esas características locales, unos y otros emprendimientos que año a año se dan cita abren esa disputa de intereses, necesidades y aspiraciones individuales y colectivas.

“Naturaleza” Tranquila

Los elementos antes abordados sobre LPG, remiten a un entorno de “naturaleza” que la vez se vuelve síntoma de “tranquilidad”. La mirada de Francisco, un uruguayo de 57 años, funcionario municipal, radicado en la zona desde el año 2000, así lo muestra:

Yo siempre digo, acá en La Paloma se vive despacio, no hay apuro para nada. Uno generalmente cuando vive apurado vive en las ciudades porque la dinámica te va llevando, el ritmo de la ciudad te va llevando. La cuestión laboral, las urgencias laborales y todo eso, los tiempos para llegar al trabajo, para llegar a tu casa te van obligando a andar rápido. A otra, a otra velocidad. Y acá uno anda despacio, tranquilo, vive en un paraíso. Yo me levanto, salgo del bosque, vengo y me encuentro con esta maravilla [los ventanales de la oficina donde estamos, dan al mar], acá frente al mar. Entonces no es, no se puede andar mucho apurado, hay que tratar de disfrutar eso.

Los paisajes de LPG demuestran ser valiosos en sí mismos, aunque se agrega valor a ellos dada la “tranquilidad” que los envuelve. La misma es el resultado de las dinámicas de esta localidad. “Rocha [ciudad vecina, capital departamental] es muy tranquila, de repente vas a las nueve, ocho de la noche y de repente no ves a nadie, acá sabes que no encontrás a nadie pero disfrutás del entorno”, comenta Ana (47 años), migrante local que residió en la ciudad vecina de

Rocha y actualmente lo hace en La Paloma. Para ella, la “tranquilidad” palomense es disfrutable en su contexto de mar, bosque, campo, etc. Además de una sensación de seguridad, que suele permanecer aunque está cambiando ese aspecto en la zona,

LPG “desacelera” gracias a aspectos como el “ruido del mar”, al tiempo que lo hace porque los integrantes de esa localidad no suelen “andar corriendo”. Al menos desde la mirada de Pato (28 años), quien en 2016 comenzó a dividir sus días entre las ciudades de Montevideo, Maldonado y la costa palomense, para en 2017 optar por transcurrir la mayor parte de la semana allí y luego radicarse definitivamente. Al respecto de su situación, comenta:

Cuando yo estaba acá [en La Paloma] tenía cierto grado de paz, ¿no? De vivir con la naturaleza, curtir... Pero yo iba a Montevideo y me ponía el chip Montevideo, como digo yo, y se me aceleraban las partículas. Y, y me pasaba incluso en los años anteriores cuando yo estaba estudiando la maestría, mi tiempo, un minuto de mi vida tenía que rendir. Entonces, eh, y yo tenía la prepotencia de que, tipo, iba en bicicleta y tenía yo que pasar primero que los demás y que... Porque yo... Todo era muy importante y todo era ya y todo era... (...)Yo vengo acá y duermo con el ruido del mar, siento las olas... Y allá me quería morir, todo polvo, todo gris, acá siento eso, que respiro otro aire (...). Lo que te decía, allá siento que se me aceleran las partículas, acá puedo estar, ser y estar presente ¿no? Que es lo que trato de ensayar a nivel más personal, y que La Paloma me lo permite porque nadie me está corriendo de atrás. Tengo esa sensación.

Imagen 5. Bosque en La Serena



Fuente: Elaboración propia.

La Paloma es “tranquila” en oposición a la gran ciudad. Aunque, para quien conoció en profundidad otros balnearios de la costa atlántica uruguaya, LPG puede no resultar tan tranquila. Patricia (37 años, uruguaya, en LPG desde 2011), que también acabó dejándose “atrapar” por La Paloma, hizo hincapié al entrevistarla que hasta hace poco no le llamaba la atención el lugar.

Venía de niña a Valizas, mis padres tenían un ranchito. Mi tía tenía casa acá [en La Paloma], para mí La Paloma era ciudad, había edificios [uno en altura y otros de hasta cuatro pisos], había casino. No entendía mucho el amor a La Paloma. Yo era más de Valizas, Cabo Polonio, Punta del Diablo.

Existen grados de “tranquilidad”, podría establecerse en tal sentido. A la hora de realizar comparaciones, quien busca “fugarse del cemento” de las grandes ciudades encuentra en La Paloma la combinación de un ritmo de vida y un escenario “natural” que por lo general despiertan

percepciones de “tranquilidad”. La cual será o no suficiente, o más que suficiente, para las aspiraciones de quien eso busque.

Están aquellos que no aspiran a encontrar un entorno de sostenida calma, la sola idea de ese escenario les resulta adversa. Para ellos no es La Paloma, se suele decir. Esta es “la tranquilidad que estaba precisando” para algunos, para otros es “demasiada tranquilidad para lo que se puede tolerar”. Las percepciones que La Paloma despierta en cada persona, conjugan complejas relaciones entre cuanto el lugar ofrece (o puede ofrecer) y cada quien valora (o puede llegar a valorar). Valorar la “naturaleza” local no resulta suficiente, cuando no agradan las formas de su “tranquilidad”, de sus desoladas calles en los largos inviernos, de su silencio mediado solamente por el oleaje del mar y los azotes de algún ventarrón. El rechazo a la gran ciudad, no necesariamente se corresponde con estar a gusto con la “naturaleza” y la “tranquilidad” de LPG, cuyo ajetreada temporada de sol y playa dura dos meses y el resto del año tiende a prevalecer un aplacado ritmo.

“Libertad” y “Autenticidad”

Entrevisté a Amalia (argentina, 62 años, en LPG desde 1983) en una mañana de marzo de 2017, sobre las dunas al costado del faro de La Paloma. Conversamos mientras nos sacudían vientos un tanto helados pero frescos. Sus perros corrían, sueltos, entusiasmados sobre la arena delante de nosotros. En ese rincón, ella me decía:

Esto por ejemplo me proporciona libertad, tener horizonte, tener horizonte visual me provoca una libertad interna. También, al mismo tiempo es... es esto, es esta amplitud. Es esa conexión con esta naturaleza. Es eso lo que me proporciona libertad. Porque yo siento que soy una persona muy libre, aún dentro de una ciudad. Sólo que adentro de una ciudad me sentía como un pájaro enjaulado, o quizá hasta peor te voy a decir todavía. Yo miraba a los departamentos cuando vivía en uno y miraba todos los departamentos alrededor, y miraba cada uno con su ventanita y qué sé yo. Y decía bueno, estos son nichos, todos vivimos en nichos. De lujo, ¿no? Pero todos vivimos en nichos. Y

yo no estoy hecha para vivir en un nicho y así fue que me fui... Me fui... Nunca tuve reparos en ir atrás de lo que necesito para vivir, siempre y cuando obviamente que no esté jodiendo a todo el mundo ¿no?

A sus 28 años Amalia fue invitada a pasar un febrero (de 1983) en La Paloma, ofrecimiento que llegó por parte de amigos dueños de un restaurante en Buenos Aires donde ella había trabajado. Los ayudaría a pintar muebles en su casa de la costa. Al retornar, ella plantea que: “me parecía que yo me tenía que quedar en La Paloma por lo menos un año. Porque venía de una separación, estaba sola con esos tres niños y mi vida había sido mucho rock and roll hasta entonces”. La Paloma emergía como una opción para dejar atrás no sólo la ciudad sino arduas experiencias emocionales atravesadas en ella. El transcurrir del tiempo fue conduciendo a Amalia, según plantea, a la percepción de que “cada vez que estaba en algún lugar que era abierto, que era con naturaleza ya sea bosque o lo que sea, mi sentir era otro”.

A esa percepción de sintonía entre el lugar y la persona que en él reside, Noel (2011) la define como “vocación” a modo de ilustrar el encuentro entre un destino oportuno para una persona a él afín en un momento de su vida. La Paloma demostró una correspondencia con las aspiraciones de Amalia, en tanto no existía un proyecto alternativo y se contaba con la disposición de tomar distancia de un lugar anterior y experiencias desestimulantes al mismo asociadas. Wang (1999), al indagar sobre las experiencias turísticas distingue entre una “*autenticidad objetiva*”, derivada del reconocimiento de la legitimidad y originalidad de un objeto turístico; una “*autenticidad construida*”, que involucran en alta medida las expectativas y estereotipos de los involucrados en las mismas; y una “*autenticidad existencial*” que contempla sentimientos y emociones asociados a una experiencia alejada de constricciones propias de un entorno y rutina cotidiana. Aunque los tres elementos puedan integrarse para pensar la relación entre Amalia y La Paloma, la tercera expresión de una percibida autenticidad debe resaltarse para entender su decisión migratoria. En línea con las categorías de “*cultivo del ambiente*” y “*cultivo de si*”, propuestas por Carvalho y Steil (2008) a modo de indagar sobre las interrelaciones entre

ambientes y personas, mediados por la búsqueda del “contacto con la naturaleza” a modo de una vía de realización e inclusive como experiencia sagrada.

La “naturaleza” de la que hablamos se torna polisémica. Vehicula percepciones de preservación frente a la corrosión de la vida urbana, construcción que tiene sentido para varios de los migrantes palomenses. Alude a la libertad de cierta falta de prisa, cierto aislamiento con relativa vigilancia, entre otras. Las relaciones de sentidos se entretajan según unos u otros énfasis respecto de lo valorado en uno u otro proyecto de vida, varían según cada migrante y además se transforman en cada momento del proceso que transcurre desde una primera planificación de la decisión migratoria a avanzada su concreción.

Consideraciones Finales

La “naturaleza” de La Paloma, en sus múltiples acepciones y asociaciones, atrae migrantes en tanto engloba trazos considerados distantes del grado de intervención humana característicos de las grandes ciudades. La misma puede ser entendida partir de un juego de contrastes, en tanto se distancia de modos de vida urbanos leídos como “artificiales”. Las connotaciones de esa “naturaleza” se muestran imbricadas en variados aspectos que la trascienden y tornan atractiva, en mayor o menor grado. Elementos que pueden resultar satisfactorios para algunas personas e insatisfactorias para otros, inclusive para las mismas personas en diferentes momentos.

Las percepciones que La Paloma despierta conjugan complejas relaciones entre aquello que el lugar ofrece (o puede ofrecer) y cada quien valora (o puede llegar a valorar). Sobre ese *lugar en el mundo* se delinean aspiraciones entre una retrospección sobre lo vivido, así como una prospección sobre lo que vendrá, orientadas por unos u otros repertorios de interpretaciones se conjugan en un campo de posibilidades. En definitiva, las motivaciones para elegir La Paloma denotan un alto dinamismo. A una motivación migratoria tal como “estar en contacto con la naturaleza”, fácilmente se pueden sumar otras tales como las características de la sociabilidad

palomense, la infraestructura de servicios local, o las opciones de empleo disponibles de acuerdo al perfil del migrante, que pueden complementar y/o disminuir el peso de las motivaciones primeras. La apuesta a concretar las expectativas a partir de la cual se procede a planear la opción de vivir en La Paloma, posiblemente traerán aparejados aspectos no previstos que enriquezcan y/o alteren aquellas, llevando a una *metamorfosis* de proyectos iniciales, según señalaría Velho (2004). La “naturaleza” de La Paloma puede remitir a significaciones en un momento primero, que rápida o lentamente se verán transformados en su sentido o su grado, probablemente, en un entorno que fluctúa año a año siguiendo el movimiento propio de una localidad turística.

Imagen 6. Faro de La Paloma.



Fuente: Elaboración propia.

La Paloma emerge para sus migrantes por estilo de vida como un *locus* cuya “calidad de vida” atrae en tanto integra trazos de una polisémica “naturaleza”. Esta suele evocar significaciones que abonan la percepción de esa zona balnearia como un destino de *buena vida*, a partir de diversos acentos. así como en contraste a otros escenarios y a retrospectivas sobre lo vivido que abonan prospecciones sobre lo que allí se vivirá. El lugar es asociado a una

“naturaleza” a partir de sus paisajes costeros con campo, bosque, dunas y mar. Integra áreas rurales con una franja costera de urbanizaciones dispersas en la mayor parte de su territorio, propiedades en su mayoría deshabitadas fuera del verano, así como una mayor densidad urbana y poblacional en su epicentro: la ciudad de La Paloma. El mar emerge como un atributo destacado de su territorio, tanto desde los estímulos visuales como auditivos que genera una costa oceánica como la que distingue a la zona de otras riberas. Sobre los paisajes locales se escuchan narrativas que los definen como “intactos” e incluso “salvajes”, especialmente en términos de sus áreas menos urbanizadas, usualmente tomando en cuenta un contraste grandes ciudades u otros entornos costeros mayormente urbanizados.

Esta área definida por muchos como “natural”, “tranquila”, “auténtica”, con una población apenas supera los cinco mil habitantes a lo largo de 20 km de costa, seduce además ante la idea de que “aquí hay mucho por hacer” y de que es posible “hacer” (y realizarse haciendo) diferentemente de otros lugares “donde todo ya ha sido hecho”. Asimismo, la “naturaleza” local es complementada por una infraestructura urbana básica de servicios comerciales, sanitarios, educativos, culturales, entre otros que acompañan la búsqueda de paisajes costeros al satisfacer una demanda paralela de acceder a esas prestaciones. En tanto se busca “naturaleza” en un *locus* como este, ello no necesariamente implica abandonar las “comodidades” e “innovaciones” de la “vida moderna”, según comentaron algunos migrantes. Aunque pueda optarse por una vida que reduzca a diferentes niveles la influencia de esos elementos, recién referidos desde expresiones nativas, los mismos suelen formar parte de la vida cotidiana local.

Tal como proponen Benson y O’Reilly (2009), los migrantes por estilo de vida “*narran esta migración en términos de una trayectoria distante de estilos de vida negativos, hacia modos de vida más plenos y significativos*” (ibid., p.4, traducción propia). El impacto de radicarse en un nuevo entorno como el aquí estudiado propicia percepciones de “autenticidad” y “libertad”, especialmente para quien llega de la gran ciudad definiendo a su lugar de origen como un

escenario de constricciones. La Paloma remite a “tranquilidad”, la “naturaleza” local de la que hemos hablado integra un escenario, una rutina desde la cual vivir en él, así como interrelaciones personales que denotan cierta ausencia de prisa. Luego el frío, el viento, la reclusión o soledad, pueden llegar amenazar una visión favorable del “contacto con la naturaleza” local; esos mismos factores pueden tornarse alicientes cotidianos o todo lo contrario. Quienes no anticipan esas marcas locales, o las subestiman, potencialmente encontrarán una amenaza a su pretensión original de permanencia. Es ese dilema entre ciertas expectativas y su realización que se torna uno de los principales desafíos para la vida en un nuevo destino, algo que Benson y O’Reilly (2009) enfatizan como un usual drama del migrante por estilo de vida. La “naturaleza” de La Paloma va más allá de lo que se puede esperar de ella.

Referencias

- BENSON, M.; O'REILLY, K. 2009. Lifestyle Migration: Escaping to the Good Life?. In: M. Benson M. & K. O'Reilly (org.). **Lifestyle Migration: Expectations, Aspirations, and Experiences**. Farnham: Ashgate. pp. 1-14.
- CARVALHO, I.; STEIL, C. A. A sacralização da natureza e a 'naturalização' do sagrado: aportes teóricos para a compreensão dos entrecruzamentos entre saúde, ecologia e espiritualidade. **Ambiente & Sociedade**, Campinas, v. 11, n. 2, p. 289-305. 2008.
- DA CUNHA, N.; CAMPODÓNICO, R. Uruguay: Hacia la noción de país turístico. Estudio histórico 1930 – 1955. **Anuario IEHS**, Tandil, v. 27. p 331-367. 2012.
- FAINZAIG, M. **Arachania**. Córdoba: Alción Editora, 2014.
- GADINO, I.; BRAZEIRO, A.; PANARIO, D.; ROCHE, I.; GUTIÉRREZ, O. El modelo actual de desarrollo turístico al oeste del Balneario La Paloma, Rocha, Uruguay: Tendencias, riesgos y propuestas. **Sustentabilidade em Debate**, Brasília, v. 3, n. 2, p. 21-40, jul/dez, 2012.

INE. Resultados Finales - Rocha. Censo 2011. Montevideo: INE, 2012.

Información turística sobre La Paloma, Uruguay. Viaje a Uruguay. Disponible en:

<http://www.viajeauruguay.com/la-paloma/informacion-al-viajero/> Acceso en: 22/04/2020

La Pedrera. Turismo Rocha. Disponible en: <http://turismorocha.gub.uy/destinos/la-pedrera> Acceso 22/04/2020.

NOEL, G. Guardianes del Paraíso: Génesis y genealogía de una identidad colectiva en Mar de las Pampas, Provincia de Buenos Aires. **Revista del Museo de Antropología**, Córdoba, v. 4, n.1, p. 211-226. 2011.

O'REILLY, K. Lifestyle Migration. **Focus Migration**, Osnabrück, n. 27, p. 1- 6. 2014.

OTERO, A. Innovaciones socio-culturales como consecuencia de las nuevas movilidades del turismo. Estudio de caso: San Carlos de Bariloche, Argentina. In: **VI Congreso Latinoamericano de Investigación Turística**, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén, p. 1-26. 2014.

SCHAMA, S. **Paisagem e memória**. São Paulo: Companhia das Letras, 1995.

SCHUTZ, A. **The problem of social reality**. La Haya: Martinus Nijhoff, 1970.

SEIXAS, R. Migração simbólica e dialética da identidade cultural no processo de migração. **Cadernos Prolam/USP**, São Paulo, v.15, n.29, p.14-37, jul/dez. 2016.

TUAN, Y. **Topofilia**: um estudo da percepção, atitudes e valores do meio ambiente. São Paulo: DIFEL, 1980.

Turismo receptivo 2018. Ministerio de Turismo. Disponible en:

<http://mintur.gub.uy/index.php/estadisticas> . Acceso en: 2/09/2018.

VELHO, G. **Individualismo e Sociedade**. Rio de Janeiro: Zahar, 2004.



[HTTPS://PERIODICOS.UFPE.BR/REVISTAS/RURALURBANO/INDEX](https://periodicos.ufpe.br/revistas/ruralurbano/index)

WANG, N. Rethinking Authenticity in Tourism Experience. *Annals of Tourism Research*, v. 26, n. 2, p.349-370, abril. 1999.

WILLIAMS, D.; MCINTYRE, N. Place Affinities, Lifestyle Mobilities, and Quality-of-Life. *In*: MUZAFFER, U.; PERDUE, R.; SIRIGU, J. (orgs.), **Handbook of Tourism and Quality-of-Life Research: Enhancing the Lives of Tourists and Residents of Host Communities**. Londres – Nueva York: Springer Science & Business Media, 2012. p. 209-231.